

1.° de Diciembre de 1908. Año V. N.° 119.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

El misterio de un crimen

Una mujer y un hombre muertos.—Un hombre loco.

No hace mucho tiempo, revolviendo papeles de casa de un amigo mío, encontré una carta firmada por un inspector de la Policía francesa, en la que le anunciaba el envío de unos documentos que serían bastantes para escribir una historia curiosa.

Encontré los documentos y hube de interrogar á mi amigo acerca de las circunstancias que habían hecho que cayese en sus manos aquella autorización.

—Ya sabes — me dijo — que he residido en París algún tiempo. Por circunstancias que no afectan ni entrañan importancia alguna para lo que me preguntas, trabé amistad con un inspector de Policía de la vecina República. En nuestras conversaciones me relató hechos singularísimos, en los que había tomado parte como agente de la Seguridad. Algunos los he relatado ya; otros están por hacer; pero puedo asegurarte que de todos, el más interesante, más dramático, más sentimental, que reúne todo lo que pueda exigir el novelista más exigente...

—Pues entonces... —le interrumpí.

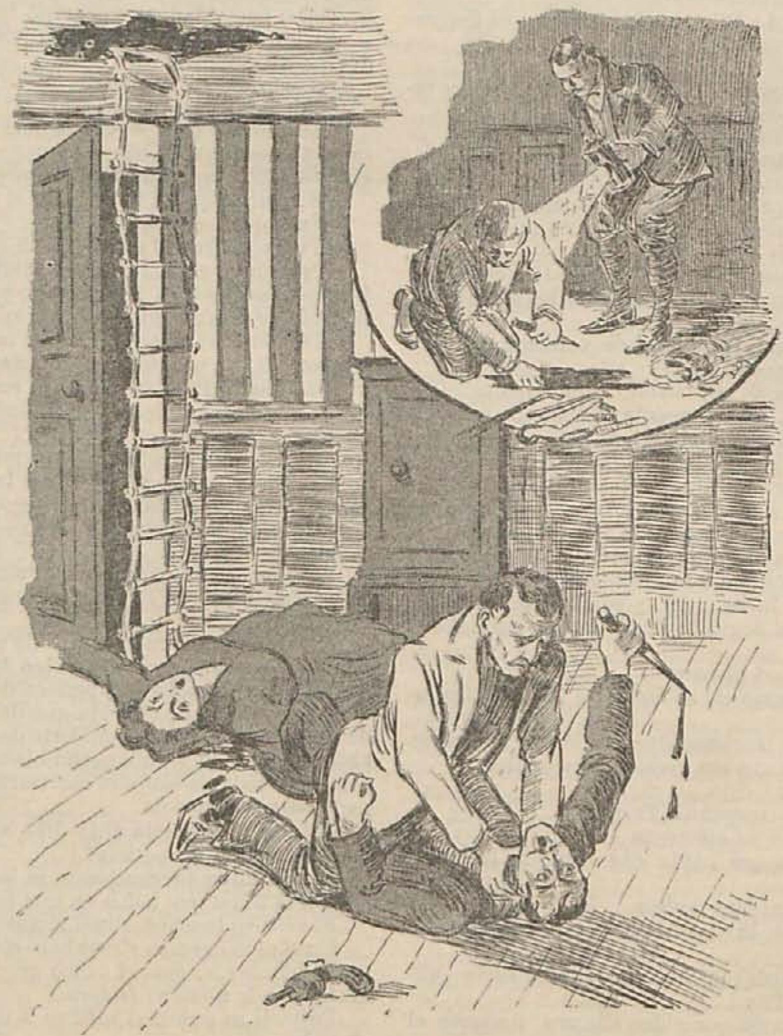
—Nada; tengo ahora mucho trabajo; te cedo las notas, con las que podrás hacer algo interesante y... allá tú. Sólo te pido una cosa: que no des á conocer en tu escrito los verdaderos nombres de las personas que tomaron parte en los hechos.

—Te doy mi palabra; puedes estar tranquilo.

— Pues toma, y deseo que tengas buena suerte.

Me embolsé las notas y la carta, marché á mi casa, hice un estudio detenido de todas ellas y he aquí, lector, el fruto de mi trabajo.

No dudes del hecho, que es cierto en todas sus partes; la única variante introducida está en los nombres, y como eso no afecta para nada al interés de la acción, perdonarás que las circunstancias obliguen á no llamar á los personajes por sus verdaderos nombres.



El *Viejo Jacobo* se lanzó sobre su compañero, estrangulándole. (En la parte alta del grabado.) Los minadores haciendo el escalo.

CAPITULO I

La carnicería de la calle de Laffitte.

Leste y su poderoso auxiliar Fort regresaban de Montmartre.

Era tarde.

El inspector y el agente habían visitado las carnicerías y las casas de comer de baja estofa, buscando á un famoso *souteneur* que ocho días antes había *corregido* á su querida con tal fuerza, que la pobre había fallecido á poco de ingresar en el hospital Lariboisière.

Su amante la había reprochado su pereza para ganar

dinero, y para hacer que se moviese algo más la había sacudido con tal fuerza, que sólo había conseguido matar la gallina de los huevos de oro.

Antes de expirar, la víctima había tenido tiempo para denunciar á su agresor, y la Seguridad había confiado á Leste y á su colega la misión de buscar al asesino.

Pero era imposible encontrarle; cuantas noticias se les habían dado acerca de los puntos donde solía parar eran otras tantas noticias falsas. Ni compinches, ni enemigos daban señal alguna del criminal.

Fort estaba furioso. Sentía en el alma no haber podido ejercitar sus famosos puños. Eso de permanecer una semana inactivo, sin tener que ejercitar fuerzas con algún granuja, le ponía fuera de tino. Le gustaban las emociones y la lucha con los bandidos, ya que su cabeza no servía para discurrir. Para eso estaba su compañero, el inspector Leste, que era la flor de los policías.

—Querido decía Leste á su colega , es preciso tener paciencia ó buscar otro oficio en que haya más necesidad de hacer uso de los puños.

—La paciencia tiene sus límites.

—Pues mira, dedícate á hércules de feria, y así no volverás á tener estos períodos de tranquilidad.

Al decir esto, los dos policías llegaban á la calle de Laffitte, atravesaban la calle de la Victoire, cuando unos gritos interrumpieron su conversación.

Un hombre corría desesperadamente. Fort le interceptó el paso.

—¿Dónde váis? ¿Qué ocurre?

Gracias á que Leste había reconocido al hombre.

—¡Es el señor Flampin!—dijo.

—El mismo, señor Leste, ¡qué desgracia! ¡qué desgracia tan grande!...

—¿Qué sucede?

—No lo sé...—murmuró Flampin—; pero debe ser terrible - añadió—¿No oís?

En efecto, la intensidad de los gritos aumentaba.

—Es en el piso del señor Frush, el joyero.

—¿El joyero?

—Sí, señor Leste; pero él no está. Ha marchado á las once á Tours; pero, dispense usted que no me detenga; es preciso avisar en la Comisaría.

Al doblar la esquina vieron á dos guardias de la Paz, que acudían también, por haber percibido los gritos. Leste se dió á conocer.

—Vivo, avisad al comisario uno de vosotros y el otro que se venga con nosotros

Un guardia obedeció, marchando rápidamente.

El inspector Fort, el otro agente y Flampin conserje de la casa donde se desarrollaban los sucesos, precipitaron también la marcha para ver lo que ocurría.

En la escalera, los inquilinos estaban asomados á las puertas de los pisos, á medio vestir, sorprendidos en su sueño y deseosos de que llegase la Policía, para ver lo que ocurría, sin atreverse á intervenir directamente.

Las voces que se oían desde la calle se percibían más distintamente desde la escalera, y partían, como había dicho el conserje, del segundo piso, en que habitaba el joyero.

—¡Socorro! ¡Luciana! ¡Socorro!

Al llegar al descanso de la escalera, los policías escucharon.

Oyeron sollozos y lágrimas alternando con los gritos.

Leste comprendió que era necesario hacer algo.

—Es preciso entrar dijo.

—Eso es cosa mía—respondió Fort.

El coloso estaba en su elemento.

En el momento en que había que ejercitar las fuer zas, él era el único.

—Espera, que no tardaré mucho.

Y tomando carrera, cayó sobre la puerta, que crujió, pero sin ceder

—Sería mejor aguardar la llegada del comisario—objetó el guardia de la Paz.

—¡Nada de eso! Puesto que piden socorro, tenemos el deber de entrar—opinó Leste con tono seco.

—Seguramente - apoyó Fort.—¡Vamos!

Volvió á tomar carrera y cayó de nuevo sobre la puerta, que tampoco cedió. La cerradura debía ser sólida.

—¡Dios del cielo! ¡Es sólida la maldita puerta! Ayúdame, Leste.

Los dos tomaron impulso, y esta vez la puesta cedió, faltando poco para que los dos policías rodasen por el suelo. En la habitación, débilmente iluminada por una luz que había llevado el conserje, los tres hombres vieron una silueta que corría alrededor de la habitación. La silueta, que pertenecía á un hombre, agitaba los brazos lanzando gritos.

Leste, el guardia de la Paz y Fort permanecieron sorprendidos un momento por el extraño espectáculo... incomprensible... que tenían ante la vista.

Pero de pronto la sombra cesó de correr y agitar los brazos, se dirigió á la puerta y apareció la figura de un hombre, cubierto de sangre, la mirada extraviada, los cabellos en desorden, la barba medio arrancada, la boca convulsa, los ojos desmesuradamente abiertos, casi hasta salirse de las órbitas, los miembros con sacudimientos espasmódicos.

Su aspecto era feroz y parecía dispuesto á destrozar al primero que se le aproximase.

Leste lanzó un grito:

—¡Pero si es Heraine! ¿Qué hace aquí este perro?

Fort, llevado de su fogoso temperamento, había saltado sobre él.

Con rapidez, tiró de la ropa de aquella furia y se la sujetó á la espalda formando como una camisa de fuerza; pero le quedaban las piernas libres, con las que se defendía furiosamente á puntapiés.

Hubo necesidad de amarrarlo fuertemente.

En aquel momento llegó el comisario de Policía con dos agentes.

—¡Luz! - dijo el comisario.

Se llevó una lámpara.

—Entremos - dijo, y volviéndose á Leste y á Fort, á los que ya conocía:—Podéis acompañarme. Quizá os necesite. Este hombre, á la prevención y avisad á un médico.

—Hay uno aquí al lado dijo el conserje.

—Pues que venga al momento.

El conserje corrió á cumplir la orden.

—Probablemente, no descubrirás nada—dijo para sí Leste—, porque eres muy bestia; pero yo me encargaré después de desentrañar el misterio.

El secretario entró delante, con la lámpara en la mano, y retrocedió de pronto involuntariamente.

Con una indicación señaló al suelo de la habitación.

Entonces los policías vieron dos cuerpos tendidos en un mar de sangre.

—Esto es una carnicería - murmuró el comisario.

El primer cuerpo era el de un hombre. Estaba muerto. El secretario pudo convencerse de ello en el acto.

—Ha sido estrangulado—dijo—; se le conocen las señales en el cuello.

Leste se acercó para mirarle la cara.

—¡Ah!—dijo—es Isidoro, el lugarteniente del *Viejo Jacobo*.

Miraron el otro cuerpo. Era de una mujer morena, de pequeña estatura, pero muy bien formada. Tenía la mirada fija. La abundante cabellera descansaba en un mar de sangre, de alguna herida que debía tener en la espalda. Su peinador, amplio, cubierto de encajes, estaba entreabierto, dejando ver un pecho blanco como la nieve.

—Vive todavía—dijo el comisario, que se había inclinado para reconocerla.

—El dormitorio está ahí—dijo la portera, que permanecía detrás de los policías.

Con infinitas precauciones, la levantó Fort y la depositó en el lecho que había en una habitación próxima.

El médico llegó en aquel momento.

Un rápido examen sirvió para convencerle de la muerte del hombre, al cual el único que había reconocido fué Leste, que le nombró *Isidoro*.

Después se acercó el médico á la mujer. Estaba desmayada

—Su estado es desesperado—dijo el doctor.—No sé si podrá llegar hasta el día.

—¿Se la puede transportar al hospital? —interrogó el comisario

—Moriría en el trayecto.

—¿Conocéis á esta mujer?

Esta última pregunta la dirigía el comisario á la portera

—De vista... sí, señor, mucho. Venía aquí á menudo, á casa del señor Frush... Era amiga suya. Ya comprenderéis que yo ignoro su nombre... porque hay que ser discretos y no meterse en lo que no le importa á uno.

—¿M. Frush no está?

—No, señor; marchó á las once, diciendo que iba á Tours para negocios .. Esto le contrariaba grandemente, porque se veía precisado á abandonar á su amante, que quedaría sola.

—Bien, veremos cuando regrese M. Frush.

Volvieron á la habitación donde estaba el cadáver de *Isidoro.*

El comisario, ayudado por el secretario, registró los bolsillos del muerto; pero en ellos no se encontró ni un papel.

—¡Ah! —dijo la portera - le conozco: es uno de los inquilinos del tercero, encima de este piso.

Instintivamente, el comisario levantó la vista al techo.

— ¡Oh! esto es singular.—Y dirigiéndose al secretario, dijo:—Mirad al techo.

Entonces se fijaron en que había una abertura y de ella pendía una escala de seda.

—¡El procedimiento del escalo! —dijo el comisario. Y dictó al secretario el resultado de lo que habían visto.

En el dormitorio, la mujer agonizaba

Tenía los ojos abiertos. Leste, que había permanecido á su lado, la contemplaba.

—¡Es notable! Juraría que esta mirada la he visto antes de ahora. Pero ¿dónde?

Y mientras con la imaginación continuaba trabajando, se fijaron los ojos en un libro abierto que había en el suelo.

Estaba lujosamente encuadernado y era de versos.

El comisario, que había terminado el atestado, entró en la habitación en aquel momento.

—¿No habéis descubierto nada de particular, Leste?

—Nada, señor comisario.

—Está bien, os doy las gracias. Os podéis retirar.

Era una despedida en regla. Leste y Fort lo comprendieron así y no tenían, por sus cargos, obligación de permanecer allí.

En la calle, los dos inspectores cambiaron impresiones.

—¡Qué extraño! —dijo Fort.

—En efecto... pero en todo esto hay algo que extraña. El papel de la mujer en este drama.

—¿Por qué?

—Veamos..., un loco, un hombre estrangulado, una mujer apuñalada, el techo agujereado La mujer es la querida de Frush. ¿Era ella cómplice de los escaladores? ¿Ha habido discusión? ¿Han luchado? ¿Por qué ha sido estrangulado Isidoro? Y Heraine, loco, gritando: ¡Socorro! ¡Luciana! El conocía á la mujer, y si es así, tengo el hilo de la madeja.

—Yo me pierdo haciendo deducciones, y no sirvo para ello. Es cuenta tuya... Son las tres de la mañana y pienso que ya es hora de descansar un poco.

—¿No me dices tu opinión?

—Mi opinión es la del comisario: una verdadera carnicería. ¡Buenas noches!

Los dos policías se separaron.

Una hora después, Fort, en su modesta habitación de la calle Saint-Marc, dormía á pierna suelta, en tanto que Leste seguía pensando en el problema que presentaba aquel drama, cuya solución tal vez podría dar únicamente aquella mujer apuñalada en la calle Laffitte.

—En fin—se dijo—, tengo la seguridad de que si me encargasen de realizar alguna pesquisa podría desembrollarlo. Por el momento, ni una palabra. La Justicia, después de breves diligencias, cerrará la causa.. Durmamos...

Y el policía se decidió por fin á acostarse.

CAPITULO II

Un caso de conciencia.

Al día siguiente por la mañana, el Juzgado, advertido por la Comisaría, se trasladó á casa de M. Frush.

La joven vivía aún, pero era imposible pensar en tomarle declaración...

No podía hablar.

En cambio, la portera fué pródiga en detalles.

—Hace ocho días —dijo—los dos hombres que han asesinado á esta señora... ¡ah! la pena que va á tener el señor Frush, los dos sujetos, repito, llegaron para alquilar la habitación de encima del joyero. Antes de ayer, la víspera del crimen, por lo tanto, amueblaron su alojamiento provisional... su agencia...

—¿Qué agencia?

—De publicidad, según creo.

—¿De qué se componía el mobiliario?

—¡Oh! no era muy pesado; lo trajeron en unas parihuelas Yo no podía decirles nada porque habían pagado anticipadamente. Ya comprenderéis, señor juez, que si hubiera podido prever... pero esto no es posible... No se hubiese supuesto que eran malhechores. ¡Ah! ¡bandidos! Estaban precisamente en la puerta de la calle cuando salió M. Frush.

—¿Había recibido un telegrama?

—Sí, señor.

—¿Sabéis lo que contenía?

—M. Frush nos lo podrá decir. Debía tratarse de un negocio de importancia.

—Bien; continuad.

—Ya digo que estaban en la puerta y hasta ahora me parece recordar que uno de ellos dió con el codo al otro. Si hubiese supuesto el señor Frush que pensaban asesinar á su buena amiga .. á la que adoraba. Preguntad á la criada: parecían dos tórtolos.

—¿Estáis segura de que los dos sujetos son los mismos que han sido encontrados uno muerto y otro loco?

—Sí que estoy cierta. Solamente que no llevaban la misma ropa.

El magistrado subió al piso habitado por los cómplices.

Encontró útiles de acero, muy finos; observó que el agujero había debido ser practicado con tiempo y notó que en la chimenea había maderos que aún conservaban calor y leña sin arder. Los bandidos habían quemado allí sus ropas.

Después de las pesquisas y las declaraciones, tuvo que retirarse sin haber averiguado la verdad de los hechos.

No conocía los nombres de los hombres, ni el de la mujer asesinada.

Era preciso aguardar el regreso de Frush.

Pero, con gran sorpresa del magistrado, el joyero no pudo decir nada... Había llegado á media noche, medio loco por el espantoso drama desarrollado en su ausencia. Ella no había podido hablarle. ¿Le habría reconocido?

Por los diarios, M. Leste se puso al corriente de lo inútil de las gestiones del Juzgado.

El drama continuaba siendo un enigma. El joyero afirmaba no saber absolutamente nada de la vida de su querida, fuera de las horas que le consagraba, lo cual era admisible. El Juzgado, no teniendo, por otra parte, á quién acusar, puesto que uno había muerto y el otro estaba loco, dió el sumario por terminado.

Leste, en cuanto la Justicia dió por concluído el asunto, marchó á casa del joyero.

El policía no tenía la conciencia tranquila.

Sabía ciertas cosas, que podían esclarecer el misterio ó, cuando menos, ayudar á esclarecerlo. Había identificado al *Viejo Jacobo* ó Heraine, por otro nombre: el primero era el de batalla, y á *Isidoro*, su teniente. No había dado estas noticias al jefe de la Seguridad, aguardando que pidiesen su intervención.

Y además, si se veía precisado á presentar un plato, quería que fuese completo y no á medio hacer.

El joyero recibió cortésmente al policía; pero se ence

en su dolor. Estaba profundamente afectado por el suceso.

Leste sentía que la curiosidad profesional le llegaba á lo vivo. Seguro de que Heraine y el *Viejo Jacobo* no eran más que una sola persona y éste era el jefe de una asociación de minadores, sabía que Heraine había desaparecido de Meudon, donde vivía, y también la mujer de éste y que el hijo había sido recogido por un señor.

El joyero, cuando supo por el mismo Leste todo lo que había indagado, le rogó que guardase silencio.

El policía dudó...

¿Entraba en su deber dejar oculto un suceso de tal magnitud?

Pero Frush le convenció.

Los Heraine habían dejado un hijo, al que había jurado educar como un propio hijo... Era preciso que este niño no supiese más tarde la infamia de su padre y el martirio de su madre.

¿Qué necesidad había de que este hijo purgase las culpas ajenas?

Heraine, el *Viejo Jacobo*, había muerto en Sainte-Anne, sin que se le hubiese identificado. Más tarde, el hijo sabría que su padre había desaparecido; pero, como todo el mundo, ignoraría que había sido un bandido.

¿No era esto mejor?

Todos los actores del terrible drama, aparte de Frush, habían muerto. ¿A qué remover este asunto?

Convencido Leste, se calló.

Nunca sabría nadie el misterio más que Leste y Frush.

Antes de dejar á París, donde no podía vivir, Frush fué á despedirse de Leste.

Le dió las gracias por haber guardado silencio, y le entregó un rollo de papeles.

—Leeréis esto y comprenderéis mejor el horror trágico de este drama. Marcho confiado en vos, sabiendo que si publicáis esto alguna vez, no daréis los verdaderos nombres de las personas que han intervenido.

CAPITULO III

Un buen encargo.

Remontémonos al día del drama, una horas antes de ocurrir los hechos que hemos relatado. Frush, joyero comerciante en diamantes y piedras preciosas, estaba satisfecho y contento.

Su contento provenía de un telegrama recibido al medio día. El telegrama estaba así concebido:

«Estad mañana viernes á primera hora en el castillo de Thomery (Tours) con piedras finas».

Estaba firmado por el conde de Belmain.

El matrimonio del vizconde, hijo de Belmain, era inminente.

Los periódicos mundanos habían ya anunciado la boda.

El despacho no le extrañaba al joyero. Anteriormente, se había ofrecido al servicio del gentilhombre archimillonario.

El conde quería, según se afirmaba, escoger él mismo las alhajas de su futura nuera, y Frush se sentía orgulloso de que le hubiese dado á él la preferencia, y suponía además, con fundamento, que podía obtener pingües ganancias.

Sin perder un instante hizo los preparativos de marcha. Un tren que salía de París á media noche, llegaba á Tours á hora conveniente para permitir al joyero ser puntual á la cita.

Frush llevaba las mejores joyas de su colección, entre ellas una perla en forma de pera, que valía un millón.

Esperaba que esta perla, extraordinariamente bella, tentaría al noble aficionado á joyas.

Adoptó, además, sus precauciones. Las alhajas que no llevaba las guardó en la caja de caudales y en las vitrinas sólo dejó las de escasísimo valor.

Frush hubiese estado encantado sin una contrariedad.

Después del telegrama del conde de Belmain, había recibido otro muy lacónico. Decía así:

«Esta noche á las siete.—*Lu*.»

Estas palabras eran la terminación de una noticia recibida por carta el día anterior. Una carta perfumada que decía:

«Queridísimo F.: Mañana voy á ser libre. Libre por muchos días y tendré la dicha de ser tuya.

»Mi misterioso marido se ausenta durante una semana lo menos.

»¿Dónde va?

»Estoy acostumbrada á no hacerle preguntas inútiles, porque no me contesta.

»¡Qué hombre tan extraño! Sale, vuelve, siempre puntual, matemático en sus previsiones; siempre que regresa me entrega algún dinero, pero nunca se inquieta de cómo he empleado el tiempo. Tú conoces bien en qué empleo este tiempo, bien mío.

»No quiero que sepa que te amo.

»Nadie debe penetrar en nuestro templo de la dicha, y *él* menos que nadie.

»Sí, te amo, te amo.

»Cada vez que las escribo, cada vez que estas palabras llegan á mis labios, se ensancha mi corazón.

»¡Ah! Esta pobre mujer desamparada ha sido salvada y regenerada por ti.

»Pero no volvamos al pasado. Hablemos de la alegría que podamos tener el día en que no haya obstáculos á nuestro cariño y que ahora podremos amarnos durante ocho días.

»He dicho que aprovecharía su ausencia para ver á una amiga mía de provincias.

»Mañana enviaré un telegrama para decir la hora exacta de la llegada.

»Soy tan dichosa, que llego á tener hasta miedo. Pero los temores de tu pequeña *Lu* se disiparán pronto cerca de ti.—*Lu*.»

Contrariado por verse obligado á partir, Frush se consolaba pensando que *Lu* podía permanecer en su casa y él regresaría al día siguiente.

Lu llegaría á las siete. Hasta las once tendría tiempo de hacer una comida rociada con *champagne*.

El joyero llamó á la criada, que sólo permanecía en la casa hasta después de la cena.

Era una mujer vieja, que había conocido al joyero siendo niño. Le servía bien y no abusaba de la confianza que suelen tomarse los criados antiguos.

—María—le dijo—, comeremos aquí esta noche. Pedirás lo que sea preciso al restaurant y no te olvidarás del *champagne*... ¿Para las siete, eh? A las once me buscarás un carruaje.

La criada salió y Frush se sentó ante la mesa despacho, releyendo no pocas veces la carta de su amiga y la llevó á los labios cerrando los ojos.

El perfume del papel le daba la ilusión de la presencia de la mujer que tanta parte tomaba en su vida actual. La había encontrado por azar: le había dicho que era desgraciada: divorciada, después de un primer matrimonio, había contraído segundas nupcias con Heraine, y la existencia misteriosa de su marido, la demasiada libertad que concedía á su mujer, la inquietaban. ¿Qué hacía su marido? Ella no pudo nunca saberlo. Tenía un hijo, un muchacho de diez años, que quedaba al cuidado de una pariente cuando, aprovechando las ausencias del marido, la mujer hacía sus correrías.

El joyero tenía un corazón generoso.

Luciana Heraine era dichosa cerca de él.

Manuel María Rolo.

(Concluirá.)

Una viuda turca sostenía relaciones con un griego. Ella abandonó la casa paterna para vivir con él, y manifestó la intención de cambiar de religión para casarse con el griego.

Los jóvenes fueron presos, y un grupo de reaccionarios asaltó la prisión, sosteniendo tremenda lucha con los soldados que la guardaban.

El griego fué materialmente despedazado por los turcos, y ella resultó gravemente herida.

Un parricidio.

En Constantina se ha desarrollado un sangriento suceso.

M. Chabredier, ayudante retirado, caballero de la Legión de Honor, gerente de los dominios de Noireterre, ha matado á su mujer de una puñalada.

Vivía el matrimonio en el segundo piso de una casa situada en la calle del Cuatro de Septiembre. Hacia la una de la tarde, el teniente Laurent pasaba por la citada calle, cuando se apercibió de que le llamaba Chabredier, del cual era amigo. Laurent se aproximó y entonces le dijo Chabredier:

—Acabo de matar á mi mujer. Ve á prevenir á la Policía.

Laurent subió al piso de su amigo y un terrible espectáculo se ofreció á su vista. La señora de Chabredier, casi desnuda, estaba arrodillada sobre un gran charco de sangre. Cerca de ella había un puñal ensangrentado, que Chabredier había adquirido en Madagascar. La víctima vivía aún, pero no tardó en inclinar la cabeza sobre el suelo y expirar. El arma le había atravesado el corazón.

M. Laurent marchó en el acto á avisar á la Policía.

De las declaraciones de Chabredier resulta que el asesino se disponía á dormir la siesta con su señora, cuando una discusión, cuyos motivos ha ocultado, sin que haya sido posible averiguar nada acerca de la índole de los mismos, hizo que el marido diese un fuerte golpe en la espalda á su mujer.

El asesino, enfurecido por las réplicas de su esposa, se levantó, cogió el cuchillo y lo clavó en el pecho de su mujer.

La víctima tenía sólo treinta años y era de extraordinaria belleza.

Tenían dos hijas, y parece que hace algún tiempo el marido presentó una instancia solicitando el divorcio por no creer en la fidelidad de su mujer, instancia que retiró con posterioridad.

El criminal, en su prisión, ha intentado suicidarse dos veces y ha habido necesidad de ponerle centinelas de vista.

Condenado furioso

A mediados del mes pasado ha ocurrido un hecho sensacional en Leipzig, que relata con profusión de detalles la prensa alemana.

El 16 de noviembre, el Tribunal de casación pronunció sentencia en un asunto de revisión, en contra del comerciante Bernard Grosser, de Berlín, y éste, furioso, sacó dos revólvers del bolsillo, disparando las diez cápsulas contra los jueces, diciendo: ¡Me habéis deshonrado!

Una de las balas dió en el pecho del consejero M. Karl Maenner, y otra hirió al consejero Strassburg, mientras los restantes magistrados huían despavoridos. Muchas lámparas y algún espejo se hicieron añicos; un tubo de conducción de agua fué perforado por un proyectil, cayendo en el salón una verdadera cascada, el público huyó despavorido, creyendo que se trataba de alguna conspiración formidable, y los ujieres tuvieron que trabajar no poco para reducir á la obediencia al comerciante y entregarlo á la Policía.

Un médico, que acudió poco después del hecho, reconoció á los heridos, diciendo que las heridas que padecían eran mortales de necesidad. Con efecto, uno de ellos falleció dos horas después, y el otro se encuentra en estado agónico cuando escribimos estas líneas.

El autor de esta escena sangrienta, M. Grosser, es un negociante de Berlín de cuarenta y dos años. Vive en uno de los barrios de la capital. Hace cuatro años entabló un pleito con un tal Wachbols á consecuencia de una herencia, y creyendo ganaría el asunto, gastó todo su capital.

La sentencia de ahora le reducía á la miseria, y el verse arruinado será seguramente la causa del acto que ha realizado.

Malhechores audaces

En el mes de septiembre último, un robo importante se cometió en casa de M. Carbonnel, armero de Constantina, en circuustancias extraordinarias.

Las trazas parecían indicar que los ladrones habían subido por una rampa de cien metros de altura y tan inverosímil pareció, que se supuso que se trataba de un robo simulado.

Las primeras pesquisas no dieron resultado alguno; pero hace pocos días, un tal Kecherond fué detenido por robo.

Un registro practicado en su casa descubrió útiles especiales y un revólver, cuya procedencia no quiso explicar.

En un segundo registro se encontraron dos fusiles Hammerless, pertenecientes también á Carbonnel.

Kecherond dijo entonces que había tomado parte en el robo y explicó los medios empleados para escalar las rocas; después denunció á sus cómplices, indicando el número de fusiles robados y ocultos en cada casa.

Ya han sido detenidos cinco cómplices de este robo, que al principio supúsose simulado.

Las tragedias del matrimonio

El Tribunal de Magdebourg (Francia) acaba de entender en un asunto criminal, cuyos emocionantes episodios parecen haber sido ideados por algún folletinista.

Los esposos Sountag, panaderos, vivieron durante diez años en perfecta armonía, cuando en 1905, la mujer se enamoró del periodista Fabián y no tardó en abandonar su casa, á su marido y sus hijos para huir á Suiza con su cómplice. Poco después de esto, ella imploró el perdón de su marido, mostrando un arrepentimiento que parecía sincero.

El marido olvidó la hazaña de su mujer y consintió en que regresase al hogar.

Pero Fabián regresó también de Suiza y no tardó en reanudar sus relaciones ilícitas con la esposa adúltera. Solamente que como Sountag estaba sobre aviso y no se fiaba de la esposa adúltera, decidieron suprimirlo.

Un tal Schulce, amigo de Fabián, se comprometió á asesinar al marido por la suma de 500 francos y llevaría á efecto su hazaña en un paseo que darían juntos. El crimen estaba concertado hasta en sus menores detalles, cuando al azar vino á dar al traste con el proyecto.

Aprovechando una ausencia del marido, Fabián se encontraba en casa de su amante, cuando Sountag se presentó de improviso y el adúltero sólo tuvo tiempo para esconderse en un armario, donde permaneció doce horas consecutivas. Cansado de aquel estrecho encierro ó bien porque creyese que el marido no estaba, salió del escondite, encontrándose frente al engañado; una lucha salvaje se entabló entre ambos y mal lo hubiese pasado el amante sin la ayuda de la mujer, que acudió presurosa, y entre los dos adúlteros lograron sujetar á Sountag, estrangulándole con una cuerda.

Después cogieron el cadáver y lo colgaron de una viga del granero.

El hecho no hizo concebir sospechas de ninguna clase. Se creyó que el panadero se había suicidado y la esposa hizo colocar una lápida en la tumba, en que grabó la siguiente inscripción: *A mi querido esposo y padre bondadoso.*

Al año siguiente contrajeron matrimonio Fabián y la viuda y todo hubiese marchado como una seda, si el otro cómplice, Schulce, en una borrachera, no hubiese dejado traslucir todo lo ocurrido.

Reducido á prisión el terceto, no tardó en cantar de plano y referir todo lo ocurrido tal y como lo hemos relatado nosotros.

El Tribunal ha condenado á Fabián á la pena de muerte; á su esposa, á quince años de reclusión, y á Schulce, á siete años de la misma pena.

Huésped asesinado

Viviendo con un cadáver

Crimen sensacional.

El día 28 del pasado octubre, la Policía de uno de los distritos de Berlín tuvo aviso de la comisión de un crimen.

Realizadas las primeras indagaciones, no le fué concedido al suceso la importancia excepcional que tiene, sin duda porque entonces se ignoraba el paradero de la única persona que podía relatar con todos sus pormenores una ignorada tragedia.

Esa persona ha caído ya en manos de los representantes de la Justicia, y sus declaraciones, verdaderamente sensacionales, permiten reconstruir en su totalidad la negra historia de un hecho que, más que vivido, parece arrancado de las espeluznantes narraciones de un Julio Janin ó un Edgardo Poe.

He aquí la historia:

Minna Doell y su huésped.

Minna Doell, protagonista de la tragedia que pasamos á reseñar, es una mujer de agraciado físico, alta, fornida, rubia, de mirada despierta y de una gran desenvoltura.

Vivía sola en su cuarto. La vecindad ignoraba cuál era su estado. Algunas personas de la casa habían visto, de tarde en tarde, penetrar en la habitación de Minna á un hombre de aspecto bastante sombrío. ¿Era un simple visitante? ¿Un pariente? ¿O tenía con ella relación de otro género?

Los vecinos lo ignoraban.

Minna Doell necesitaba una ayuda para vivir ó para justificar su existencia ante las gentes.

Cierto día se decidió á anunciar en los periódicos que admitía en su morada, en calidad de huésped, á un caballero formal, que estaría «como en familia».

Uno de los diarios en que apareció el anuncio fué á caer en manos del dueño de una librería, hombre de posición más que holgada, sin familia, que se apresuró á presentarse en el domicilio de la señora Doell.

Arturo Giegler—así se llamaba el librero—quedó totalmente conforme con el trato que le ofrecía y la cantidad que, en cambio, le reclamaba la pupilera.

Y en la casa se instaló, contento de su nueva vida.

Giegler era lo que pedía el anuncio: un señor formal, á quien nunca pudieron extenderse las murmuraciones de los vecinos.

Cronométricamente marchaba todos los días á sus negocios é invariablemente se recogía temprano, para realizar sin falta sus propósitos de fiel madrugador.

Ni Minna Doell, en el tiempo que le tuvo por huésped, pudo quejarse de la intachable conducta y puntualidad en el pago del señor Giegler, ni éste, á su vez, mostró ante nadie la más mínima queja de la señora Doell.

Así pasaron muchos meses.

Un viaje definitivo.

El librero dejó un día de aparecer en el portal de la casa á las horas que tenía por costumbre.

Algunos vecinos extrañáronse, porque aquel señor era la puntualidad misma.

Minna Doell se apresuró á explicar la ausencia. El librero—según ella—andaba quebrantado de salud y buscaba la mejoría en el reposo.

Abandonando sus faenas ordinarias, habíase marchado—siempre según ella—á pasar una temporadita en Italia, donde acaso permaneciese todo el invierno.

Arturo Giegler había, en efecto, emprendido un viaje, pero bastante más largo del que pintaba la señora Doell: acababa de emprender, y no por su gusto, el viaje á la eternidad.

Otro viaje, menos definitivo.

Días después emprendió la pupilera otro viaje.

Marchóse á Dresde, advirtiendo á los vecinos con quienes se relacionaba que volvería pronto.

Escasamente una semana habría transcurrido cuando el vecindario empezó á percibir un insoportable hedor, que partía del cuarto de Minna Doell, herméticamente cerrado por ésta al emprender el viaje.

Y como el olor iba en aumento, hasta el punto de que no era ya posible habitar en la casa sin sentir continuas náuseas, decidieron los vecinos avisar á las autoridades.

Las puertas de la habitación fueron forzadas; el cuarto fué registrado, haciéndose la diligencia insoportable por el ambiente mefítico, que hizo perder el sentido á varios de los que se decidieron á entrar.

El cadáver del librero.

Sobre lo referido, puede suponerse cuál sería la impresión terrible que experimenraron los agentes de la Autoridad y los intrigados vecinos que les acompañaban, al encontrarse con la causa de aquel foso de infección, que no era otra sino la descomposición del cadáver del librero, á quien suponían en Italia.

Hallábase el cadáver en la misma cama en que el señor Giegler solía dormir.

El autor ó los autores de su muerte liaron el cadáver con mantas y colchones

Giegler fué asesinado. No cabía duda Pero ¿por quién y cuándo?

La contestación á estas interrogaciones ha estado sumida en el mayor misterio, mientras Minna Doell, cuyo regreso no llegaba nunca, ha andado suelta por el mundo.

Pusiéronse en juego todos los procedimientos que podían conducir á su captura.

Aunque tarde, han producido el resultado que se perseguía. La antigua pupilera fué encontrada. Y no sólo ella, sino también el hombre sombrío que antes la solía visitar, y de quien no acertaban los vecinos á comprender si era un amigo, si un pariente ó algo más serio.

Tosca, multiplicada por ciento.

Minna Doell y su amante—los jueces han encontrado el calificativo que burló la curiosidad del vecindario—han sido traídos á Berlín.

Ante los jueces, Minna cantó de plano. Ella, sólo ella, es autora de la muerte del librero.

Más repugnante aún que el relato de la muerte es el que hace de los posteriores días en que estuvo conviviendo con el difunto.

Realizado el crimen, Minna Doell no acertaba á tomar ningún partido. Temía emprender la fuga, porque marchándose, la sospecha de las gentes podría llevarlas al descubrimiento del crimen.

Y en la duda, optó por inventar la novela del viaje á Italia, y ella siguió residiendo en su cuarto como si tal cadáver no existiera.

A pocos pasos del lecho en que aquél estaba empaquetado, tenía dispuesto un lecho de campaña, en el que dormía, si es que pudo dormir junto al objeto de su criminal hazaña.

Llegó al punto de no poder resistir la macabra convivencia. De una parte, el remordimiento propio; de otra, el hedor que comenzaba á viciar el ambiente en la estancia, obligáronle á huir. Y dijo á sus vecinos que marchaba á Dresde...

Matar para vivir.

Minna Doell, estrechada por los representantes de la Justicia que le interrogaron, llegó á confesar la causa de su crimen.

Sabía que el librero era rico y que guardaba entre su equipaje valores de consideración.

Minna adoraba al sujeto misterioso de las viejas visitas. Ansiaba vivir con él. Esto no era posible, porque el individuo de referencia carecía de medios para decidirse á la vida en común.

Y Minna, para resolver el conflicto, no encontró mejor medio que decidirse á matar al infeliz huésped y apoderarse de sus bienes. Mató para poder vivir con quien constituye la obsesión de su vida.

¿Hay complicidad?

Los jueces se preocupan de un punto que aparece muy nebuloso.

¿Realizó Minna por sí sola el asesinato ó la ayudó su amante? A éste nadie le vió entrar en la casa desde el día en que el librero fué recibido en ella como huésped.

Por lo menos, ¿obró instigada por él? Ella lo niega terminantemente, recabando para sí toda la culpa.

Los dos están encarcelados.

Tal vez nuevas diligencias logren aclarar extremo de tanta importancia.

Es indescriptible la sensación que en Berlín ha causado el descubrimiento de las circunstancias estupendas de este crimen.

El asesinato de Steinheill

¿Parecieron los asesinos? — Golpe de teatro.

Parece que ha sido descubierto, al fin, uno de los asesinos del pintor Steinheill.

Contra lo que todos esperaban, no se trata del judío Gugenheim, preso en Argel y del que tanto se ocupan los periódicos.

He aquí cómo han ocurrido las cosas:

Días pasados, Mme. Steinheill quiso conocer la dirección de los parientes de su criado Remy Couillard.

Como éste no se encontraba en la casa en aquel momento, Mme. Steinheill dijo á su doncella:

—Id á su cuarto y ved si tiene en su gabán la cartera; y si es así, traédmela.

Sin duda, la viuda del pintor abrigaba sospechas de Remy.

Hízolo la doncella como se lo ordenaba, y llevó la cartera á su ama.

Ésta abrióla y encontró, con gran sorpresa, una carta de su hija Marta á su novio, y que Remy Couillard había interceptado, ignórase con qué fines.

Mme. Steinheill corrió al teléfono y dió cuenta al inspector Hamard de su descubrimiento.

Pero éste no concedió al suceso importancia alguna y aconsejó á Mme. Steinheill que pusiera la cartera en el mismo bolsillo del gabán de donde la había tomado la doncella.

Pero Mme. Steinheill en vez de hacerle caso, continuó registrando la cartera de su criado.

En una de las divisiones de ella encontró un paquetito que contenía una magnífica perla, arrancada de su montura, y que Mme. Steinheill reconoció como perteneciente á una sortija que le robaron la noche del crimen.

Algo debió sospechar Couillard de todo aquello, porque en vez de volver á casa de su ama, encaminóse á un cuartito amueblado, donde pasaba las horas que le dejaba libres el servicio.

Mme. Steinheill telefoneó al juez M. Leydet la noticia de su último descubrimiento, y el magistrado dió órdenes para que fuese capturado Couillard.

Así se hizo á las diez y media de la noche.

Conducido á la presencia de M. Leydet, comenzó á llorar y á decir que era inocente.

Pero Mme. Steiheill está convencida de lo contrario.

Interviuvada, dijo anoche que desde hacía tiempo sospechaba de Couillard.

—Cuando entró en nuestra casa, nos mintió, asegurando que venía de su pueblo. Y esto era falso. Llevaba residiendo en París tres años justos.

En la mañana siguiente á la noche del crimen, su actitud fué muy extraña.

Cuando bajó de su cuarto, penetró en la habitación de mi hija, donde yo permanecía atada y amordazada, en vez de hacerlo en la de su amo.

Viéndome en aquel estado, su primer movimiento debió ser llamar á gritos á M. Steinheill. Pero en lugar de hacerlo así, precipitóse á las ventanas, las abrió y pidió socorro á los transeúntes.

¿No demuestra esto que sabía la muerte de su amo, y que, por lo tanto, era inútil pedir socorro á éste?

Mme. Steinheill daba pruebas de estar muy alegre.

—El enigma—agregaba—quedará aclarado, porque Couillard hablará; estoy segura de ello. Le conozco, y sé que, al verse preso, revelará los nombres de sus cómplices.

La prisión de Couillard.

El inspector M. Hamard confirma en todas sus partes el relato que hemos transcrito, referente á la prisión de Remy Couillard.

Este fué interrogado largamente por el juez Leydet, y, según parece, no supo justificar la procedencia de la carta y la perla que tenía en su cartera.

Ha respondido que no sabe nada y que es inocente.

Recuerdos de un viaje á Ronda

El tajo.

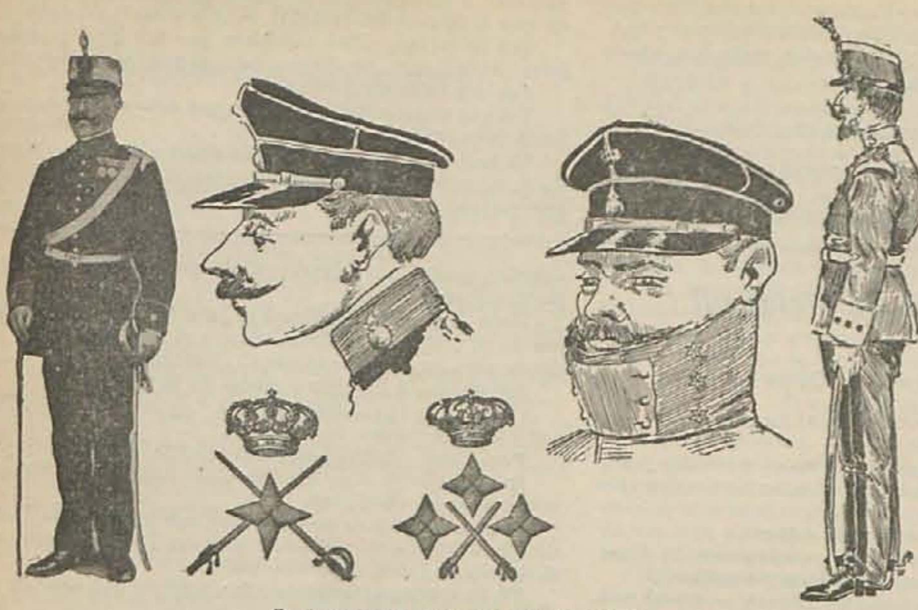
Perdón pedimos á nuestros lectores de que, con las arrogancias de los pocos años, tomemos la pluma para intentar describir lo que no puede describirse: la hermosura sublime del abismo, que concede á nuestra ciudad privilegios que no puede ostentar ninguna otra. Bien comprendemos que las maravillosas obras de la Naturaleza sólo pueden ser descritas por los que mantienen viva en su cerebro la llama del genio. Así, pues, no intentamos hacerlo, y sí sólo presentar, aunque sea profanando su esplendor, las principales bellezas del tajo y los sentimientos que su contemplación produce en nuestra alma.

Magnífico por todas partes, ofrece diversas perspectivas, tanto más notables cuanto más contrastan entre sí. Por un lado, hacia el Este, la elevada roca se halla partida de tal manera que sólo puede atribuirse su separación á un terrible fenómeno geológico. No parece sino que el mismo Hércules, valiéndose de inmensa cuña, abrió el duro seno de la tierra, empleando para ello la fuerza de un millón de gigantes, y que de esa suerte, violentamente separada, conserva aún en sus ángulos y salientes los moldes de la abertura, como esperando que otro nuevo cíclope venga á empujarla con su brazo de hierro y á cerrar el abismo que atrevidamente se abrió.

Rocas cortadas á pico, en las que la vista se pierde contando las desigualdades de sus caras verticales, ornadas de punzadoras higueras, como significando que á un gigante de piedra le corresponde una diadema de espinas que defiendan su cabeza de las profanaciones del que pensara hollarla, abusando de su inmovilidad; más arriba, líneas de edificios, simbolizando el dominio del hombre inteligente sobre la pujanza de la Naturaleza, y allá abajo, en lo hondo, salvando y escondiéndose entre los inmensos peñones, proyectiles perdidos de aquella brava batalla librada por tan formidables elementos, las ondas plateadas de un río, orlado de espuma por todas partes, pues por todas partes tropieza con aislados peñascos que obstruyen su lecho de granito.

Sombrío y salvaje. Tales son los principales caracteres de este pedazo de tajo. Allí no hay más que una vegetación incipiente, fuera de la que corona su cumbre; por todos lados pedazos desprendidos de roca, que vistos desde lo alto parecen pequeños y fáciles de salvar, y mirados de cerca, son eternos retos lanzados por la piedra

Los nuevos uniformes


Cuatro apuntes de los nuevos uniformes.


Guerrera de campaña


Botas de campaña para generales.

Capota con divisas de Capitán general.

al hombre, cuya planta no puede posarse allí jamás sin extraño auxilio; el murmullo del agua, que más bien semeja un gemido perpetuo de tristeza por hallarse aprisionada en tan agrestes lugares; y para causar más melancolía aún, una puerta diminuta, si se la ve desde arriba, por donde pasaban antiguamente los cristianos esclavos del emir, llena el alma de desesperación y temerosos de ser castigados con el látigo del amo, para llevar el agua á la ciudad, subiéndola por medrosos peldaños.

Mirando por el opuesto lado, el tajo cambia brusca y radicalmente de aspecto. Una cascada alegre y espumosa, formada por el undoso río que, al precipitarse desde lo alto y derramar sus aguas, canta un himno de gracias al Eterno por haberle sacado de su prisión; un ensanche del abismo para dar lugar á que la vista se pierda en delicioso vergel; blancos edificios, mudos testimonios del genio industrial del hombre; hermosa vega de lujuriosa vegetación, donde se suceden y nos deleitan con su variedad numerosos cuadros de color distinto, como si remedaran un extenso mapa; y allá, á lo lejos, montañas azuladas, con sus caprichosas siluetas y sus artísticas formas, combinadas por la distancia; una sierra, en fin, en la que descuella el llamado *Peñón de San Cristóbal*, barómetro vulgar que, al decir de muchos, predice el tiempo con admirable exactitud, y en el que se notan tres agudas puntas que figuran ser producto de una labor incesante: tales son las bellezas que se ofrecen á la atónita mirada del espectador.

Hay más: nos hemos ocupado de los distintos aspectos que ofrece el tajo según por donde se le contemple, y aun hay que decir cómo es en su conjunto. Figurémonos que en elevadísimo lugar, y coronando la enhiesta roca que se levanta altiva, hay una ciudad, á la que casi rodea un abismo profundo, que mide centenares de metros. No hay que cansarse en buscarle para admirar su hermosura. Está aquí, aquí mismo, en la misma población. Se le puede mirar desde mil puntos, como que hay tres puentes para pasar por cima de él. Pues bien; confundiéndose con el horizonte y limitándole, una cadena de montañas forma impenetrable anillo, cual si se tratara de defender á la simpar hurí de las sacrílegas miradas del profano. Después, á ambos lados, una espléndida vega; campos en cultivo, árboles que á primera vista parecen plantados con inflexible simetría; todo dividido en pedazos cuyas desigualdades no se notan, y parecen perfectamente hechos en molde severo; más cerca aún, una garganta estrecha donde el reino vegetal desaparece casi y recobra el abismo toda su imponente y sombría majestad; más allá, y siguiendo la misma dirección, cascadas, casas, vegetación poderosa, alegre aspecto, para que la melancolía que ha invadido un instante nuestra alma desaparezca, y el nuevo cuadro, ofreciéndonos placeres y deleitando nuestros ojos, borre definitivamente los últimos amargos dejos de tristeza. Ya en el centro, una espléndida sultana tendida indolentemente en su solio de granito, saboreando tranquila la dicha que su hermosura le proporciona, durmiéndose al murmullo de las aguas bulliciosas y aceptando altiva, como cosa que la es debida, el tributo de admiración que le ofrece el río, bañando el pedestal de su soberbio trono. He aquí lo que es el tajo, y lo que es Ronda colocada en sus bordes.

Pero decimos mal. No expresan lo que es el tajo nuestras palabras. Nosotros no podemos alcanzar tan grande privilegio que logremos reproducir su belleza con nuestra pluma: presentamos tan sólo una imagen pálida de su magnificencia. Para saber más es menester verlo y abismarse en su contemplación.

Los puentes.

Para unir los barrios de la población que separan el tajo y el río Guadalquivir, existen tres puentes, de los que nos ocuparemos en párrafos distintos, comenzando por el llamado Nuevo.

En el punto más elevado y unido de la roca, á unos 88 metros sobre el río, que en aquel sitio se precipita á una profundidad de 12, formando una hermosa cascada, luce su incomparable mérito la obra colosal de que nos ocupamos. Arrancando de la misma peña y amoldándose á su configuración, consta de un solo arco en su parte inferior, de diámetro próximamente igual á su altura, subiendo y ensanchándose para dividirse más arriba en tres, uno de los cuales alcanza elevación excepcional. Sobre éste, y en el espacio que media entre el cierre del arco y la superficie arrecifada por donde se transita, hay una espaciosa sala con un balcón en la parte que mira hacia Occidente. En ella se encerraba, según se cuenta, á los condenados á la pena capital, fiando en que la considerable altura á que se halla sobre el tajo impediría cualquier temeraria tentativa de evasión. Sin embargo, hay quienes afirman que cierto reo, haciendo alarde de un valor desesperado y de una serenidad á toda prueba, logró suspenderse por medio de sábanas hechas pedazos, fajas y algunos cordeles que pudo reunir y ganó el río sin que se le llegara á encontrar.


Gorra con divisas de Capitán general.


Casco de generales.

Actualmente sirve sólo de almacén municipal, y á él se han trasladado en diversas épocas los presos de la cárcel, cuando en este establecimiento se presentaba alguna enfermedad infecciosa.

Pero, dejando estas digresiones, volvamos al puente, cuyos costados cierran bien construídos pretiles de la misma piedra que se utilizó para la monumental obra, á la par que ocho huecos, ocupados por otros tantos salientes balcones, permiten contemplar sin riesgo las bellezas del abismo.

Como se ha podido apreciar, el puente Nuevo es el más grandioso monumento con que se engalana Ronda; siendo la obra que excita más la admiración de los extranjeros y españoles que la visitan, que merece ser reproducida en fotografías que se expenden en las más importantes capitales y que ha arrancado, por último, entusiastas elogios á muchos escritores, entre otros, al ilustrado general Gómez Arteche en su *Geografía científico-militar*.

Antes de su construcción, existía otro puente formado por un solo atrevidísimo arco, de unos 35 metros de diámetro, el cual excitó el asombro de todos, por las grandes dificultades que había que salvar para edificarlo.

Pero este puente se hundió á los seis años, y á pesar de que se contaba con el de Santa Cecilia, del que después hablaremos, en 1751 se comenzó á levantar definitivamente, y en la forma que hoy tiene, la gigantesca obra que tan justo renombre ha alcanzado por su singular valía. Dirigió su construcción el ingeniero aragonés D. Juan Martín Aldehuela, el que, por un desgraciado accidente, pereció, casi finalizando su trabajo, ó ya del todo concluído, según afirman otras personas, tal vez al grabar la inscripción que debía expresar el año en que se terminó.

Si nos atenemos á lo afirmado por el Sr. Moreti, en el barrio de Santa Cecilia, y en el mismo lugar en que hoy se encuentra el llamado *Puente Viejo*, existía otro árabe, que fué demolido y arrastrado, en época lejana, por el río, cuyas aguas habían tenido en aquel entonces una extraordinaria crecida.

En apoyo de su aserto, cita nuestro amigo, el anciano Sr. Moreti una inscripción en parte ininteligible, que recompone de la siguiente forma: «Ronda *reedificó esta* obra, siendo *su corregidor* con la de Marbella. D. Juan Antonio *Tuburio de* Quiñones por el *rey nuestro señor*. Año de 16.» Las palabras subrayadas son las que añade el Sr. Moreti.

Sea de esto lo que quiera, el puente consta de un solo arco, de forma árabe, de 35 á 40 metros de elevación sobre el nivel del río, gozando, como el *Puente Nuevo*, de admirables puntos de vista; pues aunque carece de balcones, la altura de sus pretiles no es tan grande que impida ver perfectamente el hermoso panorama que se despliega á los ojos del espectador.

***

Casi inmediato al anteriormente descrito, y teniendo una elevación que apenas alcanzará á 10 ó 12 metros, se halla otro puente, llamado de *las Curtidurías*. Poco tiene de particular y que sea digno de referirse, pudiéndose afirmar, que su principal mérito consiste en dejar ver más de cerca las esplendorosas maravillas del tajo y el atrevimiento y elegancia del Puente Viejo, que se descubre muy próximo.

Según se deduce de su examen, anterior á éste existió otro puente romano, del cual se ven todavía señales, y á consecuencia de una fuerte crecida, desapareció, sustituyéndole el que hoy se encuentra, para cuya construcción se aprovechó gran parte del primero.

La cárcel.

Según nuestras noticias, en el año 1490 se trasladaron los presos al edificio que hoy ocupan, parte del cual se utilizaba como Casas Consistoriales.

Varias reformas se han hecho en diferentes épocas; sin embargo de las cuales, el local resulta con pésimas condiciones para el objeto á que se destina.

En efecto: sólo se encuentra en él un pequeño patio, sombrío y estrecho, donde paseaban respirando el aire inficionado que allí se estanca, el día que visitamos el establecimiento, nada menos que *cincuenta y tres* presos,

que apenas tenían espacio para moverse dentro de tan reducido círculo.

En los calabozos húmedos y malsanos no se ve cumplido alguno de los preceptos de higiene; las mujeres tienen que permanecer encerradas continuamente en una sola y poco ventilada habitación; no se encuentra sitio alguno que pueda destinarse convenientemente para talleres; los presos del correccional se encuentran confundidos con los restantes, puesto que no puede haber entre ellos la necesaria separación, por falta de espacio apropiado; la capilla es, más que pobre, miserable; todo, en fin, revela que aquel edificio no se levantó con el o' jeto á que hoy se destina y que urge muchísimo hacer en él ciertas mejoras, para que reúna algunas de las condiciones, si no todas, que la ciencia reclama para los establecimientos penitenciarios.

Mientras esto no se haga, á pesar de los grandes esfuerzos del inteligente y celoso director, la estancia en la cárcel, lejos de enmendar á los delincuentes, servirá para corromper su espíritu, acostumbrándolos al trato de otros criminales de mayor entidad, y para proporcionar enfermedades á su cuerpo.

Por el contrario, tenemos una satisfacción en consignar que el rancho que se condimenta para los detenidos es bastante bueno.

José Aparicio Vázquez.

Caso de telepatía

Una joven sueña que han matado á su hermano. Guía á la Justicia y descubre el cadáver.

No se habla en Chicago más que de un acontecimiento extraño, que nadie sabe explicarse de un modo satisfactorio.

Se trata de lo siguiente:

Hace pocos días, miss Logauson, de diez y nueve años, llamó á su familia al levantarse y dijo con espanto:

—He tenido un sueño horrible:

He visto cómo un desconocido mataba en la cocina de una granja á mi hermano Oscar, enterrando después el cadáver.

La familia no hizo caso; pero viendo que la joven no hacía más que llorar, telegrafió á Oscar, que explotaba una granja agrícola en las inmediaciones de Marenjo, población situada á 80 kilómetros de Chicago.

Dos horas después llegó el siguiente telegrama, que firmaba uno de los criados del hermano de miss Logauson:

«El Sr. Oscar ha desaparecido ayer.»

—¿Véis?—gritó la vidente al leer el telegrama. Tenía razón

Y sin escuchar á nadie, tomó el tren y trasladóse á Marenjo.

Apenas llegada á este punto, se dirigió á la Prefectura de Policía.

—Soy hermana de Oscar Logauson—dijo.—Han asesinado á éste, y yo sé dónde ha sido y en qué lugar enterraron el cadáver.

Acompañada por el juez de la localidad y por dos agentes, dirigióse á la granja de Oscar.

—Por esta puerta salió mi hermano—afirmó.—Luego siguió este sendero.

Al final de él se eleva otra granja, propiedad de un tal Bedfort.

—No hay nadie en ella—aseguró la joven.—Echad las puertas abajo.

Así fué hecho.

La granja estaba vacía.

Registradas las habitaciones, el juez observó que en el suelo de la cocina había manchas de sangre.

—¡Es sangre de mi hermano!—gritó miss Logauson con voz terrible.—Seguidme—dijo luego.—Os conduciré á donde el asesino enterró el cadáver.

Y dirigióse al gallinero.

—Cavad aquí.

Así lo hicieron los agentes, y encontraron, en efecto, á metro y medio de profundidad, el cuerpo del desgraciado Oscar.

La joven se arrodilló junto á él, llorando amargamente.

El juez dispuso que fueran enviadas telegráficamente á todos los Estados las señas del presunto asesino.

Y fué detenido éste en la ciudad de Ellis, Estado de Nebraska.

Miss Logauson regresó en seguida á Chicago. Interrogada por los médicos, dijo que no se puede explicar el fenómeno.

Suceso extraño

Un hecho que se sale de lo corriente se ha registrado recientemente en Constantina.

Un padre acaba de robar á su hijo de la prisión donde se encontraba. Este hecho se halla íntimamente unido á un suceso ocurrido en la población citada en agosto de 1906.

En las primeras horas de la noche, M. Traequi, propietario de El Arrauch y su mujer, regresaban en carruaje de una granja cercana. Entre Gastonville y El Arrouch, la señora Traequi, sin motivo plausible, pidió bajar del carruaje.

Algunos instantes después, un indígena enmascarado, armado de una pistola, se colocó delante del carruaje y cogió las bridas del caballo.

M. Traequi sacó un revólver del bolsillo y disparando, dejó muerto en el acto al indígena.

Las diligencias abiertas no pudieron arrojar luz alguna sobre los hechos, hasta que M. Traequi escribió una carta al juez instructor, hablando de sospechas que tenía acerca de la conducta de su mujer.

Parece que ésta había celebrado una entrevista la víspera del atentado con el sujeto que salió á detener el carruaje. Ella había insistido en pasar por aquel sitio, sin que hubiese necesidad de ello.

Entonces se procedió á la detención de la esposa de Traequi, de su madre y de un indígena, y juzgados, fueron condenados á cinco años de prisión por tentativa de asesinato

Coincidencia particular. En el momento del crimen, la esposa se encontraba en cinta, y durante el tiempo de prisión preventiva, dió á luz un niño.

Traequi pidió varias veces al Tribunal que se le entregase á su hijo, para ponerlo al cuidado de una nodriza; permiso que le fué negado.

Traequi resolvió hacer por sí mismo lo que el Tribunal le negaba. En la última visita, cogió al niño, ocultándolo y saliendo precipitadamente de la prisión.

Cuantas pesquisas se han realizado hasta la fecha para conocer el paradero del niño han resultado infructuosas.

Engañado y... condenado

El Consejo de guerra de la 9.ª división de Glogan, acaba de condenar al aboga o Hillner, capitán del ejército territorial, á tres días de castillo, por haber enviado un cartel de desafío á varios abogados y oficiales de Gœrlitz.

Esto viene á ser el epílogo de otro hecho registrado con anterioridad. El mismo Tribunal ha condenado á tres abogados y á un teniente, acusados del delito de adulterio cometido con la esposa de Hillner. La condena es de seis meses de prisión.

En cuanto á la esposa adultera, ha huído á Suiza, con un teniente de un regimiento de Dragones.

Estafa colosal

Cinco millones de francos

Telegramas de Chicago dan cuenta del descubrimiento de una estafa colosal, que ha dejado sumidas en la miseria á numerosas familias de aquella población.

El autor de la estafa ó más bien de esta serie de estafas, ya que sus víctimas han sido muchas, es un hombre original, á propósito para figurar como protagonista en un folletín.

Mr. Peter Van Vlissingen, que así se llama el aprovechado sujeto, era una de las personas más distinguidas de Chicago.

Correcto siempre, Mr. Vlissingen frecuentaba los más elegantes salones, en los que se presentaba en compañía de su mujer y sus cuatro hijos con un tren lujosísimo, gastaba enormes sumas en obras de beneficencia y gozaba fama de hombre formal, irreprochable.

Todo el mundo en Chicago alababa la laboriosidad y la inteligencia de Mr Vlissingen, que habiendo llegado pobre á Chicago, emigrado de Holanda, había logrado escalar, merced á su honradez y su trabajo, los más altos puestos del mundo comercial, y siempre que se trataba de proponer un modelo de vida á los jóvenes, el nombre de Mr. Vlissingen estaba en todos los labios.

Citábase como un rasgo demostrativo de sus extraordinarias condiciones, el de que habiendo entrado de ordenanza en una casa de banca de Chicago, á su llegada de Holanda, había sabido elevarse sucesivamente á empleado en los escritorios, á jefe de oficina y, por último, á vicepresidente de la casa, y todo esto en poquísimos años.

Puede decirse que si algún hombre de negocios en Chicago gozaba fama de haber adquirido su fortuna por su propio esfuerzo y sin apelar á recursos de mala ley, este hombre era Mr. Vlissingen, y como además empleaba su cuantiosa fortuna en hacer toda clase de obras benéficas, todos, aun los murmuradores impenitentes, no podían menos de considerar la prosperidad del millonario como un premio del cielo.

Así, pues, la sorpresa, el estupor fué enorme en todo Chicago cuando se supo que Mr. Vlissingen acababa de ser detenido por la Policía, y que sobre él pesaban numerosas estafas. Lo más notable es que el millonario no negó ni por un momento los cargos que se le imputaban, limitándose á pedir que se le juzgase en seguida.

He aquí lo ocurrido:

Mr. Vlissingen encontrábase en su magnífica residencia comercial, despachando su correspondencia con sus secretarios, cuando le fué anunciada la visita de un dependiente del Juzgado.

Mr. Vlissingen hizo un ligero gesto de contrariedad, reprimido en el acto, y dando orden á sus secretarios de que le dejasen solo, se dispuso á recibir al empleado judicial.

Cuando éste hubo entrado en el despacho, el millonario saludóle cortésmente, y con afectuosidad exquisita le preguntó:

—¿Qué le trae á usted por aquí?

El visitante, esquivando sus cortesías, contestóle con cavernosa voz, como para darle idea de su imponente misión:

—Mr. Vlissingen, el Ministerio fiscal le reclama por estafador.

A estas palabras, Mr. Vlissingen no dió la menor muestra de asombro: sin inmutarse se puso en pie, y recogiendo sus guantes y su bastón, exclamó:

—Es posible que el Ministerio fiscal tenga razón; estoy dispuesto á seguir á usted.

Una vez en presencia del acusador público, el millonario, con gran tranquilidad, confesó todas sus estafas, declarando que durante diez y ocho años se había dedicado á la lucrativa tarea de simular hipotecas, logrando reunir por este medio la respetable suma de 5.000.000 de francos.

—Una disculpa tengo—añadió Mr. Vlissingen—y es que nunca he dejado de pagar los intereses de las hipotecas, y las hubiera redimido todas si me hubiesen dejado. Ahora ya la cosa no tiene arreglo.

—Y ¿cómo simulaba usted las escrituras? —preguntó el fiscal.

—De un modo muy sencillo. Yo tenía sobre mi pupitre una luz eléctrica de gran potencia, cubierta con una pantalla de cristal esmerilado, y á su intenso reflejo, me era fácil hacer transparentes los documentos y calcar las firmas.

Mr. Vlissingen, sin preocuparse de las consecuencias de sus estafas, pidió al acusador público ser juzgado inmediatamente.

—Toda mi vida he seguido este lema: «El tiempo es oro» y no quiero olvidarlo en esta ocasión, pues al fin y al cabo se trata de un negocio, y de gran importancia.

La petición del millonario fué atendida, y aprovechando la facilidad que dan para esto las leyes americanas, inmediatamente se reunió el Jurado, y ante él compareció Mr. Vlissingen, y como éste había confesado todas sus estafas, y sólo se trataba de determinar la pena que había de imponérsele, las cosas se llevaron con tal rapidez, que al cabo de dos horas, el Tribunal había dictado ya sentencia, condenando á Mr. Vlissingen á una pena variable de uno á catorce años de trabajos forzados.

Debido á la celeridad con que fué juzgado el millonario, se supo al mismo tiempo en Chicago su condena que el descubrimiento de sus estafas, produciendo en todas partes profunda estupefacción.

Inmediatamente, las oficinas de Mr. Vlissingen se vieron rodeadas por una turba de acreedores, que á toda costa trataban de penetrar en ellas, siendo precisa la intervención de la Policía para evitar disturbios y atropellos.

Hoy en todo Chicago no se habla de otra cosa que de las estafas de Mr. Vlissingen, el filántropo abnegado, el hombre de negocios modelo, y, como siempre ocurre en estos casos, la indignación del público por haber sido chasqueado de ese modo es tan grande, que un retén de Policía custodia continuamente la casa del millonario, para proteger á su mujer y á sus hijos de las iras populares.

Duelo entre apaches

Cuatro agentes ciclistas del XIII distrito de París efectuaban una ronda noches pasadas, cuando oyeron algunos disparos de revólver.

Acudieron presurosos y vieron á un grupo formado por diez ó doce hombres, algunos provistos de linternas rojas, que contemplaban á un hombre tendido en tierra.

Al aproximarse los ciclistas, los apaches huyeron y los agentes transportaron á un hospital próximo al hombre que estaba en el suelo y que presentaba una herida en el pecho.

Después de practicada la primera cura, pudo declarar, manifestando que había sido herido en duelo por un apache de otra banda, y que los demás que huyeron presenciaron el hecho en calidad de testigos.

El herido, que se negó á manifestar el nombre de su agresor, diciendo que ya se vengará cuando cure, es sujeto sobradamente conocido de la Policía.

Entre la gente del hampa se le conoce por *Coco de la Butte*, y su verdadero nombre es Luciano Deresse, de veinticuatro años.

Los médicos creen que curará; pero tardará en salir á la calle, porque tiene varias cuentas pendientes con la Justicia.

Una disposición famosa, más aún que la de *la última copa*, existe en Dinamarca.

Los borrachos son llevados á sus casas en coche y el gasto del carruaje tiene que abonarlo el tabernero que despachó al cliente.

Un émulo de Arsenio Lupin

Un *virtuoso* de la estafa, joven elegante, se contenta con apoderarse de dos francos.

Una estafa, poco importante por la cantidad estafada, pero emocionante por otros conceptos, ha impresionado á la sociedad de Bezieres.

Constituye el *record* de la estafa aristócrata y hasta podría decirse intelectual.

Hace algunos días, un joven distinguido, vestido con elegancia, se presentó á M. Caratge, empresario de carros de mudanza y alquilador de coches de punto.

—Soy —le dijo— hijo de M. X..., vuestro compañero de Nimes, con quien tenéis negocios. Estoy hace algún tiempo separado de mi padre. Me ha cedido parte del material para que me establezca por mi cuenta. Pero el material es insuficiente. Tengo un gran traslado que hacer estos días. ¿Puedo contar con que me ayudaréis con el material que necesito?

—Con mucho gusto - respondió Caratge.

Y los dos hablaron largo rato de su profesión, el joven desconocido indicando las casas de Tolosa, Burdeos y otras grandes ciudades con las cuales su padre estaba en relaciones y dando, desde el punto de vista técnico, datos que atestiguaban su gran conocimiento en la materia.

Pero de pronto dijo:

—A propósito, ¿podríais prestarme un pequeño servicio? Figuraos que al descender del tren he perdido el portamonedas. Me queda lo preciso para telegrafiar á mi casa á Nimes y me voy á quedar sin un sueldo para almorzar. ¿No es esto ridículo? ¿Queréis prestarme dos francos?

—Con mucho gusto —dijo M. Caratge.

Y le entregó una moneda de plata.

En la sombrerería.

Algunas horas después, M. Caratge marchó al café de la Comedia. Allí se encontraba un sombrerero en el momento en que entró, contándole al dueño del establecimiento una historia curiosa. Un joven de apariencia seductora se había presentado en su casa. Era, le había dicho, hijo de M. Y..., sombrerero de Nimes. Había perdido el portamonedas al llegar á la estación y venía á suplicarle le prestase dos francos, lo que había hecho con gusto, tanto por la insignificancia de la cantidad como por provenir la petición de un rico comerciante. Porque no había duda, le había dado detalles tan precisos sobre los negocios de su padre y sobre el movimiento comercial de sombrerería, que su identidad le había parecido suficientemente establecida.

M. Caratge, cuya curiosidad iba en aumento, contó también su aventura.

—Es el mismo individuo convinieron ambos, después de dar algunos detalles acerca del sujeto en cuestión.

En la Sociedad de seguros.

Ambos llegaron á la Comisaría y allí se les había anticipado M. Ambesquier, agente de seguros, diciendo al comisario que sospechaba de un joven que le había pedido prestados dos francos, presentándose como hijo de su representante en Nimes.

—Os ocupáis en este momento —dijo— de un obrero llamado X..., que ha sido víctima de un accidente del trabajo. Habéis hecho negociaciones, con este motivo, con mi padre, porque la víctima prestaba servicio en Nimes. Mi padre me envía para ultimar este asunto.

Después el joven hizo un estudio del funcionamiento de las Compañías de seguros, comentando con notable competencia las disposiciones de la ley francesa de 1898 sobre la materia, habló de primas, comparándolas y añadió:

—¿Recibisteis ayer la visita del inspector?

Era exacto. Y finalmente le había pedido dos francos.

Unos instantes después encontró Ambesquier á M. Fabre, contratista de carteles-anuncios, que le contó que se había encontrado á un joven de Nimes é hijo de un corresponsal suyo, que le habló del negocio y terminó por pedirle ¡otros dos francos!

El ingenioso estafador fué buscado activamente, mientras llegaban otras denuncias de un representante de una casa de licores y de otras personas. Todas habían sido estafadas en dos francos.

Cogido.

Se creía ya que el estafador ingenioso no parecería por parte alguna, cuando Caratge, conduciendo uno de sus carruajes, le encontró:

—¿Cómo va, querido señor Caratge? A propósito, os debo dos francos. Permitidme que arregle este pecadillo.

Y después de registrarse los bolsillos:

—¡Caramba! ¡Me he venido sin dinero!

—No importa, amigo mío respondió Caratge, cogiéndole de un brazo y haciendo seña á uno de los mozos — Ahora iremos á la Comisaría y allí podréis dar cuenta de todas las piezas de dos francos que habéis pedido prestadas.

En la Comisaría dijo ante el comisario:

—Es más fuerte que yo. Tengo la monomanía de la estafa. Los médicos que me han examinado en otra ocasión me han declarado irresponsable.

Se llama Luis Gaidant y es hijo de un rentista de Nimes.

Tal es la odisea de este curioso estafador, que pone al servicio de su monomanía una notable inteligencia y una ciencia enciclopédica de los negocios comerciales.

Desaparición misteriosa

La villa de Brunoy, situada en la vía férrea de París á Melun, se encuentra en estos momentos muy intrigada, á consecuencia de una desaparición que ha hecho ruido.

El procurador de la República, de Corbeil, y el juez de instrucción han abierto una información.

El 26 de septiembre último, un antiguo empleado de la Compañía del gas, Augusto Becquet, de treinta y siete años, natural de Roz-sur-Conesnou, casado, con cinco hijos, cuatro hembras y un varón, desapareció de la villa de Brunoy, donde prestaba sus servicios.

Al no volver á su domicilio, situado en el núm. 61 de la calle de Mandres, su mujer, con la alarma natural, recorrió toda la población, sin encontrarle, y, por último, dió cuenta del hecho á la Gendarmería.

Becquet era un honrado trabajador, vivía en buena armonía con sus vecinos. El día de la desaparición, la mujer le había llevado el almuerzo á la estación, á las once y media, y había continuado trabajando hasta las cinco. A esta hora cobró el jornal de la semana, 34 francos, y abandonó la estación.

No falta quien crea que Becquet fué atraído á algún sitio oculto, donde le asesinaron para robarle.

A los doce días de la desaparición, la sospecha de un crimen persiste en Brunoy; pero hasta el presente no hay ningún indicio que pueda confirmar la suposición.

Varias personas afirman haberle visto en un establecimiento próximo á la estación en compañía de dos desconocidos, y al que ofreció con un litro de vino blanco que acababa de comprar.

Becquet fué visto después en una tienda, donde compró dos camisas.

Nunca se había oído decir al desaparecido que tuviese intención de abandonar á su mujer y á sus hijos, ni mucho menos se le conocían intentos suicidas.

A todas partes se han remitido las señas del sujeto desaparecido, que son: talla, 1,71 metros; cabello castaño claro; lleva toda la barba, un poco más negra; viste blusa azul, pantalón negro.

Esperemos lo que resulte de esta desaparición misteriosa.

Asesinato misterioso

Un drama misterioso se ha desarrollado recientemente en Mans.

Una señora, Mme. Cériles, de cincuenta y siete años, vivía en el número 58 de la Gran Calle, en una habitación situada á espaldas de la casa. Mujer honrada, vivía de su trabajo, que le proporcionaban algunos vecinos. El día 2, por la noche, una vecina subió á su casa á recoger una costura que le había encargado. Vió que la puerta estaba abierta y entró. Cuál no sería su estupor al ver que la mujer estaba tendida en el suelo, debajo de una mesa apoyada contra la pared, y la cabeza descansando en un charco de sangre coagulada.

Prevenida la Policía, acudió en el acto y se procedió á examinar el cadáver. Este presentaba horrible aspecto. La mitad del rostro había sido carcomido por las ratas, y un hilo de sangre negruzca caía del ojo izquierdo, saltado.

En los bolsillos de ella encontró el magistrado un cuchillo de bolsillo ensangrentado.

Todo esto no indicaba en qué forma murió la mujer. Era preciso aguardar á la autopsia. Realizada ésta, quedó demostrado que la mujer había sostenido lucha con el asesino. El cuchillito encontrado en el bolsillo de ella era con el que se le habían causado las lesiones.

Que ha habido crimen, es indudable; lo que no se sabe una palabra es de quién pueda ser el asesino y más difícil aún de averiguar porque no puede encontrase en modo alguno el móvil.

La mujer asesinada no poseía otro capital que lo que le producía su modesto trabajo.

Se cree que el crimen ha sido para recoger algún papel encerrado en la mesa, de capital importancia para el asesino. ¿Qué papel era éste? ¿Qué secreto podía revelar?

Todo el mundo lo ignora y desea que se consiga el descubrimiento, cosa que será difícil, pues la Policía se encuentra completamente despistada.

Para terminar esta información diremos que la víctima vivía separada de su marido y de su hijo hace muchos años.

La Liga contra los apaches

El *apachismo* ha llegado á ser en París una verdadera plaga. En estos últimos días se ha dado el caso de invadir seis individuos el domicilio de un médico, cuando éste comía con varios amigos suyos, y apalear al anfitrión y á los comensales, dejándoles medio muertos.

Y también, no ha muchos días, una vieja señora, que por la tarde volvía á su casa, fué llevada por la fuerza á un automóvil, que arrancó á toda velocidad, no obstante sus gritos y protestas. Los apaches que la raptaron de forma tan extraña, lleváronsela á un bosque, y la despojaron de 3.000 francos que acababa de cobrar en casa de su banquero. Luego obsequiáronla con algunos *manporros* y la dejaron sola y presa de un ataque de nervios.

Tales hazañas, repetición de otras mucho más graves, han hecho que varios burgueses resueltos constituyan una Liga, cuyo nombre, largo, pero claro, explica perfectamente el objeto de los que en ella se inscriben. Se denomina así: *Liga de las personas honradas que no quieren ser asesinadas por los apaches.*

Los individuos de la Asociación se comprometen á llevar cada uno un revólver, y á utilizarlo contra el primer apache que vean atracar á un ciudadano pacífico.

Va á ser la guerra civil en los boulevares. Todas las tardes y todas las noches habrá batallas campales entre ligueros y bandidos. Y los agentes ciclistas, que se pasan la vida corriendo detrás de los apaches de ambos sexos, tendrán que resignarse á ser meros auxiliares de estos vecinos de armas tomar, á quienes exaspera la inseguridad que en París reina desde hace varios años.

La «Mano Negra» en Palermo.

La población de Palermo está alarmadísima porque han reaparecido en ella temibles elementos de la famosa *Mano Negra*, procedentes de América, donde han vivido emigrados algunos años. De poco tiempo á esta parte sucédense rápidamente los robos y las agresiones en las calles más céntricas, á despecho de la Policía.

La última hazaña de la siniestra banda ha sido audacísima.

El banquero Martínez, domiciliado en un hotelito de la población, se trasladó en septiembre á una quinta de los alrededores de la ciudad.

Recientemente, dos caballeros y dos señoras elegantísimas se presentaron en el hotel con una carta del señor Martínez para el portero, que decía: «Permita á los dadores, mis primos, recoger cuanto hay en el hotel y ayúdelos á cargarlo en carros, para traérmelo á la quinta. Para evitar cualquier engaño, venga acompañando á los carros hasta aquí.»

Efectivamente, el portero dejó que los primos recogiesen cuanto había en el hotel y hasta quiso acompañarles; pero hábilmente embriagado, tuvo que quedarse en su portería durmiendo la *mona*.

No hay que decir que los dos caballeros y las dos señoras eran de la *Mano Negra*, ni que se llevaron cuanto había de valor en el hotel: unos 40 000 duros en muebles, alhajas y objetos de arte.

Preceptor galante y amante invisible

De un rapto folletinesco, digno de figurar entre los episodios del famoso Rocambole, vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

El conde de Harnoncourt reside la mayor parte del año en su castillo de Romanecska (Hungría). No hace mucho tiempo, su hija mayor fué pedida en matrimonio por el conde de Sigray, noble bávaro. El pretendiente no fué escuchado, y tomando la cosa como un desaire imperdonable, provocó al desdeñoso padre de su amada y se desafiaron.

Pasó tiempo, no mucho, é indudablemente el amante sostenía correspondencia con su pretendida y entre los dos trataron de solucionar la situación en beneficio propio.

Uno de los amigos del pretendiente, M. Von Lichtenfeld, fué presentado á la familia de Harnoncourt y fué admitido como preceptor de los hijos. El preceptor, antiguo teniente del Ejército prusiano, era muy estimado y de una honradez á toda prueba.

Pero á pesar de todo ello, apenas habían transcurrido unas semanas de su permanencia en el castillo cuando súbitamente desapareció, llevando consigo á la hija mayor del conde.

Se supone que el rapto estaba convenido con el novio desdeñado, y la sociedad húngara se pregunta cómo terminará este asunto.

Coracero asesino.

En Villers sous Preslin, cerca de Bar-sur Seine (Troges) fueron encontrados en su domicilio, el 15 del pasado mes de octubre, M. Barin, de ochenta años, y su mujer, de setenta y uno, con el cuerpo cubierto de heridas.

Los auxilios de la ciencia fueron inútiles. A poco de ser conducidos al hospital, fallecieron.

El asesino es un tal Languy, de diez y ocho años, desertor del regimiento de coraceros de Tours, á quien se le vió discurrir por la ciudad conduciendo una bicicleta, que se supone sea robada. Ha desaparecido después de acuchillar á sus víctimas y robarles jamón, queso, pan y 2,25 francos en metálico.



Hermano mío—dijo á Juan de Ávila—, es que no sólo os habéis mostrado ardiente partidario de la Reforma en vuestros sermones ó másbien que habéis manifestado una indiferencia culpable por el culto católico romano y una tolerancia todavía más culpable para con los infelices herejes que se separan voluntariamente del gremio de la santa Iglesia.

—No os comprendo, monseñor—dijo el apóstol.

—Según dicen, las personas con quienes más os rozáis son mendigos judíos y moriscos; y basta pertenecer á una de esas razas malditas y reprobadas...

—Monseñor—interrumpió el apóstol con una sencillez sublime—, esas razas son desgraciadas y perseguidas; las demás no me necesitan.

Un largo murmullo de admiración apasionada acogió estas palabras tan sencillas, pero que pintaban toda el alma y toda la vida de Juan de Ávila.

El inquisidor comprendió que sería difícil condenar al apóstol en presencia de toda la población de Sevilla. Había creído no tener que decir más que una palabra para confundirle, y he aquí que por el solo poder de la verdad, el santo predicador rechazaba victoriosamente estas absurdas acusaciones, y que el triunfo iba al que jamás había buscado otra dicha que la obscuridad, porque la predicación, esta misión divina legada por los apóstoles á sus sucesores, esta hija del Evangelio, de la cual la Iglesia romana ha hecho una cómica desvergonzada que gesticula y declama en las iglesias de Jesucristo; la predicación sólo era para Juan de Ávila un medio de consuelo y de instrucción, y no un resorte de ambición mundana. El humilde carmelita no esperaba que su elocuencia, vehemente ó apasionada, le valiera los honores del episcopado; no predicaba como un abogado ó un cómico, sino como debieron predicar San Pablo y Santiago, esas dos columnas de la fe cristiana, esos padres del rebaño, que los primeros después de su divino Maestro, esparcieron en el mundo las semillas de caridad y de libertad.

El inquisidor era demasiado perspicaz para no adivinar los sentimientos que animaban á la asamblea; por otra parte, conocía la fidelidad del pueblo español, su inviolable adhesión á la fe católica, á pesar de la horrible opresión que le hacían sufrir; Pedro Arbués bien sabía que todas esas revoluciones que agitaban al país no eran dirigidas contra la religión; los españoles eran demasiado piadosos para esto, sino solamente contra los opresores, contra los que en nombre de esa misma religión, cometían todos los días infames abusos. Procuró, pues, probar que Juan de Ávila era un mal católico.

Dirigiéndose de nuevo al acusado, le dijo:

—Hermano mío, nos es muy sensible tener que reprender hoy á un ministro del Evangelio, que hasta aquí sólo había dado ejemplos de virtud; pero todos somos débiles y mortales; el espíritu maligno vela constantemente, y se apodera luego del que no vela ó que se descuida algunos instantes. Nos no queremos entrar en los misterios de un cambio tan grande acaecido en vos; pero ello es cierto, seis testigos lo han afirmado—dijo Pedro Arbués señalando con la mano el libro de las declaraciones, abierto encima de la mesa—; ello es cierto, digo, que vuestro espíritu, tan luminoso y profundo, se ha dejado seducir por las doctrinas pestilenciales venidas de Alemania. Vos habéis dicho varias veces en el púlpito que las prácticas exteriores son poco importantes, que todo consiste en la pureza de corazón; ¿negáis esto, hermano mío, y no es una de las doctrinas de los reformados?

—Lo niego en cuanto á las expresiones—respondió Juan de Avila—; es cierto que al denunciarme han desnaturalizado mis intenciones y mis palabras. Yo he dicho, señor, y lo repito aquí delante de vos, porque lo creo conforme al verdadero espíritu del cristianismo; he dicho que las prácticas exteriores no son nada sin las obras; nada, si no van acompañadas de la rectitud del corazón y de la pureza de las intenciones. ¿Creéis, señor—añadió fijando tranquila y poderosa mirada en el rostro del inquisidor—, creéis que sea agradable á Dios el que se prosterna á los altares y besa el polvo de las iglesias, con el alma manchada de asesinatos, de venganza ó de adulterio? ¿el que grita á Dios, con suspiros y fervor: «Dios mío, ¡perdonadme!» y que trama en su corazón la pérdida de su enemigo; que dice á Jesú: «Cordero sin mancha, ¡tened piedad de mí!», y que al salir de la oración va tal vez á sumergirse en todas las manchas del vicio? el...

—Hermano mío—interrumpió el inquisidor algo turbado, pues esos dos hombres parecían haber trocado el papel—, hermano mío, ¿sabéis si el que ora y llora golpeándose el pecho no es más agradable á Dios con su propio arrepentimiento, que el orgulloso que dice: «Yo no necesito orar, yo soy puro»?

—Señor, os suplico que no entremos en estas discusiones teológicas, en las cuales la fe nada puede ganar. Este pueblo que nos escucha es justo, piadoso y creyente; no se aflige por qué forma más ó menos abstracta debe encontrarse la verdadera observancia de las leyes del Evangelio, y yo también me ocupo poco en enseñárselo. Yo he dicho solamente: «Sed dulces, castos y caritativos, porque Jesucristo, nuestro modelo, ha sido caritativo, casto y dulce». He dicho: «Amáos y socorréos unos á otros, porque todos sois hermanos é hijos de un mismo padre, que es Dios»; y he dicho esto, no sólo á los cristianos de la Iglesia católica romana, sino también á los que se inclinaban á la Iglesia reformada; lo he dicho además á los moriscos, á los judíos convertidos que vacilan aún en la fe, y á los que habían abandonado solamente por miedo la creencia de sus padres. A todos he predicado la misma moral y la misma ley, y muchas veces, ¡oh! sí, muchas veces, señor, he visto caer de rodillas y exclamar llorando que querían profesar una religión tan dulce, aquellos mismos que más tarde han blasfemado y maldecido nuestra religión santa en medio de las llamas de la hoguera.

—¡Blasfemia!, ¡oh Dios mío!—exclamó Pedro Arbués—, ¡un sacerdote de Jesucristo se atreve á acusar á la santa Inquisición.

A esta hipócrita salida Juan de Avila no respondió; pero la mirada que lanzó al inquisidor fué tan clara, tan fina, tan penetrante, que el soberbio Arbués no pudo sostener su inconcebible esplendor; el que hacía temblar á Sevilla, bajó los ojos delante de un simple sacerdote de la Iglesia romana, tembló ante un acusado. La mirada de Juan de Avila era una elocuente y muda requisitoria en que el inquisidor habría podido leer todas sus iniquidades, así las auténticas como las ocultas, sus inicuas sentencias, crímenes cometidos audazmente en mitad del día, y sus libertinajes secretos, crímenes que muchas veces eran la única causa de los primeros.

Del lecho de un inquisidor á la hoguera la transición era muy natural. ¿Qué queréis que un sacerdote inmundo haga de las víctimas de sus torpezas, testigos vivientes, siempre prontos á acusarle? Cuando es inquisidor, los quema; en tiempo de «libertad civil y religiosa», los asesina. Si Mingrat y Lacolonge hubiesen vivido en el siglo XVI, hubiesen hecho honor á la Inquisición. No hay hombre más audazmente criminal que un mal sacerdote. Arbués, turbado por un momento, recobró muy luego su fría seguridad.

(Continuará.)

A los lectores

En el número próximo correspondiente al 15 de enero, empezaremos la publicación de un interesante trabajo, relacionado con los bandidos de antaño.

Los abrasadores,

que así se titula la historia, contiene hechos realizados por aquellos famosos bandidos franceses de antaño y que ahora parece quieren resucitar los apaches de París.

Los abrasadores

tiene también en sus páginas el modo de vivir aquellos bandoleros, las famosas organizaciones, sus costumbres, casamientos, etc.

Tenemos la seguridad de que

Los abrasadores,

cuyo interés no decae un momento, será del agrado de nuestros lectores, y con objeto de que su lectura no resulte muy pesada, procuraremos terminar en el más breve plazo posible.

Dos pies para un banco

El Tribunal de Reims ha condenado á seis años de reclusión á la mujer Marechal, de cuarenta y dos años, nacida en Rethel, y á dos años á León Marechal, de treinta y seis, jardinero; á ella como acusada de haber dejado morir de hambre á Elena, niña de siete años, hija de su marido, y de haberla martirizado atrozmente.

El está acusado de haber cometido numerosos atentados al pudor de una hija natural de su mujer, que cuenta diez años.

¿Y esos dos delitos no merecen más pena, según los Tribunales franceses?

¡Estaría loco!

En Hasparren, pequeña población próxima á Bazona, se ha cometido un doble asesinato, cuyos móviles se desconocen, haciendo todo suponer que se trata de un acto de locura.

Bautista Artiede, de treinta y dos años, conocido por *Cochemasi*, se presentó en casa de su hermana María Luisa, y sin mediar palabra alguna, sacó un revólver é hizo dos disparos, hiriéndola en un brazo y el lado izquierdo del pecho.

Después se dirigió al mercado, donde otra hermana tenía un puesto de verduras, y disparó otras dos veces el revólver.

Después de esto se presentó á los gendarmes.

Las hermanas del agresor han fallecido.

Advertencia

Rogamos á nuestros suscriptores, para evitar trastornos á la Administración del periódico, tengan en cuenta:

1.° Que el tiempo mínimo de suscripción es de tres meses.

2.° Que la suscripción se considerará continúa indefinidamente, en tanto no se reciba aviso del suscriptor en contrario.

3.° Que los avisos de baja han de darse necesariamente **con quince días de anticipación** á la fecha en que termina la suscripción.

Dirigid la correspondencia á las oficinas del **Museo Criminal:** San Mateo, núm. 11 duplicado, bajo. Apartado de correos número 445.

Siempre que se escriba con alguna reclamación, debe acompañarse una faja del periódico.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.— Teléfono 316